

“Los porqués del soneto clásico”

*Del marqués a la monja.
Antología del soneto
clásico en castellano*

DARÍO JARAMILLO AGUDELO
Fondo Editorial Universidad
Eafit, colección Otramina,
Medellín, 2014, 113 págs.

“100 SONETOS para aprender literatura y entender la vida”. Esto es lo que dije a mi hija cuando me preguntó qué estaba leyendo. Claro, fue un error dejar una conversación abierta con una adolescente que apenas está intuyendo de qué va la vida y cuyas incursiones literarias discurren por los caminos de la prosa juvenil. Estaba claro que habría más preguntas.

La primera fue acerca del “soneto”. Difícil pregunta cuando quien quiere saber todavía no ha llegado a los formalismos de la tradición poética. Pero un poco más fácil si aceptamos que para entender qué es un soneto hay que dejar claro antes qué es la poesía. Los jóvenes la entienden bien cuando les dices que la mitad de la música es poesía y que la poesía es sobre todo ritmo y cadencia. En el caso que nos ocupa es también rima. Hasta aquí, fácil. Si además les dices que la poesía es el campo de competición de la literatura, que en realidad los mejores escritores son los poetas, entonces entienden que estamos hablando de algo importante. O al menos eso es lo que los propios escritores creían en los siglos XVI y XVII: el cetro de la literatura se ganaba en el verso. En concreto, con el endecasílabo.

Pero, ¿y el soneto? El soneto era en la época clásica como el rap en la música de hoy. Más o menos. Es una forma de poesía tan perfecta para alojar determinados temas que todo buen poeta sentía la obligación de ser bueno en ella. Para ser buen escritor tenías que ser buen poeta y para ser buen poeta tenías que ser buen sonetista. Muy fácil. Es tan lograda esta forma que durante más de dos siglos, el rango histórico que cubre la antología de Darío Jaramillo, los mejores poetas y poetisas que vivían en castellano se esfuerzan constantemente por dejar su huella en la historia del soneto. Bueno, y aquí tengo

que mostrar mis debilidades, confieso que una vez que Boscán publica a Garcilaso, los poetas que vienen después se esmeran por llegar al nivel de sonetos como el “V” o el “XXXVIII” (en las páginas 9 y 10, respectivamente, de esta antología).

La selección de Jaramillo Agudelo sigue un orden casi cronológico. Como avisa el título, empieza con el marqués de Santillana y termina con varios sonetos de sor Juana Inés de la Cruz. De esta forma, en cien sonetos, sin texto introductorio, se hace un recorrido impecable por los temas, las palabras y las formas que dan lugar a la época moderna y que tratan con lo que importa de la vida: el amor, la soledad, la muerte, Dios, la libertad, el paso del tiempo. Por el camino cruzamos el Atlántico y las barreras de género. Es casi cronológico porque a veces hay pequeñas variaciones en el orden de los poetas –por fecha de nacimiento–, como en el caso de santa Teresa, que va después de Isabel de Castro, aunque naciera un año antes. Estas alteraciones no distraen de la unidad de ciclos en los que se agrupan nuestros poetas según el momento en el que salen a la plaza de las letras y van siendo conocidos por el público y por sus colegas. Así, después del marqués de Santillana nos encontramos con Boscán y Garcilaso (seis sonetos), Diego Hurtado de Mendoza, Isabel de Castro y Andrade, santa Teresa, Juan Latino, Acuña, Gutierre de Cetina (cinco sonetos), Silvestre, Montemayor, Francisco de la Torre, fray Luis, Arias Montano, Juan de Almeida, Fernando de Herrera, Figueroa, Padilla, Cervantes, Barahona de Soto, Argensola (Lupercio), Góngora (cinco sonetos), Argensola (Bartolomé), Lope de Vega (ocho sonetos), Juan de Arguijo, Balbuena, Medrano, Mira de Amescua, Francisco de Borja, Martín de la Plaza, Quevedo (diez sonetos), López de Zárate, Tirso, Carrillo y Sotomayor, Villamediana, Godínez, Francisco de Rioja, Soto de Rojas, Antonio Hurtado de Mendoza, María de Zayas, Pedro de Quirós, Cáncer y Velasco, Calderón, Bocángel, Polo de Medina, Castro y Anaya, Francisco de Trillo y Figueroa, Juan de Ovando, Pedro de Solís y Valenzuela, Agustín de Salazar y Torres, Álvarez de Velasco, Leonor de la Cueva y Silva, sor Juana (siete sonetos).

Están representados los más famosos de los poetas con un buen número de piezas cada uno. ¿Quién puede discutir la relevancia de Garcilaso, el papel de Góngora en la transformación hacia el lenguaje y la cosmovisión barrocos, la absoluta vitalidad de Lope de Vega, o la aportación de sor Juana al pensamiento poético? Pero es la selección de los menos conocidos la que le da a esta antología un toque de calidad y riqueza que pocos poemarios tienen, pues al haber incluido a estos otros poetas y poetisas podemos disfrutar los matices que los temas van tomando en las diferentes plumas, saborear los recovecos que el endecasílabo va horadando en la lengua para decir más con el paso de los siglos, medir el desafío del poeta para llegar al mismo lugar al que ya había llegado Garcilaso al principio del recorrido –¿hay manera de mejorar el “Escrito está en mi alma vuestro gesto”?–.

Si vamos más allá de estas clasificaciones, una de las cosas que llama la atención es el número de sonetos que Darío Jaramillo ha seleccionado de dos poetas, Gutierre de Cetina (cinco) y Quevedo (diez). Gutierre de Cetina es relativamente poco conocido si lo comparamos con los monstruos de la naturaleza que vio la época clásica de la poesía castellana. Sin embargo, la lectura de sonetos como “Horas alegres que pasáis volando”, sobre la celebridad del paso del tiempo, provoca una sensación de frescura que desentona, positivamente, por su separación de algunos de los otros poetas que escriben en la primera mitad del siglo XVI. Trata aquí un tema clásico, lleno de imágenes tradicionales, envueltos en un lenguaje que es más propio de la primera parte del siglo XVII y que no se encaja en los moldes a veces inflexibles que adopta el conceptismo más adelante. En “Luz que a mis ojos das luz más serena” el proceso del amor cortés toma una pose alivianada, quizá porque no encalla el sentir del amado en el rechazo o la imposibilidad que son típicas de este amor. El amor aquí es casi feliz, posible, que el poeta divierte de su natural curso al llegar al último terceto y provocar, de esta forma, un juego literario –“suspiros te ofrezco si no puede ser más”, dice irónicamente el poeta– que seguro hizo las delicias de sus oyentes en más de una ocasión.

RESEÑAS		POESÍA
<p>En “No me engañaréis más, vana esperanza” y en “Ay, falso burlador, sabroso sueño” el amor toma el camino del desengaño, que es una forma negativa de la ilusión, un estado cognoscitivo y espiritual que azora el espíritu y mueve las entrañas en las que se asienta la vida del individuo. Si en este caso el desengaño es amoroso, más adelante la literatura barroca –Gracián, Calderón– se preocupará también por crear formas de habitar el mundo que se prueben inmunes al desengaño en la política, las amistades y la profesión. A costa de no vivir. Interesante de esta temática es la presencia que encontramos en la propia obra de Jaramillo Agudelo, en su sabia serie de poemas sobre el olvido. ¿Influencia de Gutierre de Cetina? Probablemente, entre algunos otros.</p> <p>En el caso de Quevedo, el paso del tiempo, la muerte y el amor son los temas principales de la selección. También tenemos el famoso soneto a la nariz pegada, que introduce un nivel de sátira y agudeza humana y lingüística que representan muy bien quién era Quevedo, los problemas políticos que su larga lengua le produjo en diferentes momentos, y la capacidad que tenía para reírse de todo, excepto del amor y la muerte. En este sentido, siempre me ha gustado leer los poemas amorosos de Quevedo, o mejor, los que están dedicados al Amor con mayúscula, después de haber leído el “Desmayarse” de Lope de Vega, cuyo último verso es el mejor colofón nunca escrito en el género. La comparación no es perjudicial para Quevedo, cuyo último verso de “Amor constante más allá de la muerte” es tan memorable, al menos, como el de Lope de Vega. Perfectamente clásico es el uso quevediano de los lugares comunes del amor cortés para describir la belleza de Lisi en “Tú, que la paz, ¡oh, navegante!”. Clásico es el tema de las ruinas de Roma, el lugar más deseado, como imagen del imparables paso del tiempo. Quizá sea por este clasicismo del poeta más barroco y punzante por lo que me gusta especialmente el trato que le da al tema del amor en “Es hielo abrasador, es fuego helado”, en donde desgrana las contradicciones del más poderoso de los sentimientos humanos sacando matices que no están en el “Desmayarse, atreverse, estar furioso”.</p>	<p>Finalmente, me detengo en Leonor de la Cueva y Silva, por autora teatral y, sobre todo, porque su reflexión acerca de “querer lo imposible” me ha llevado en un fogonazo a la serie de poemas que Darío Jaramillo ha dedicado a los amores imposibles. Un par de comentarios: Leonor de la Cueva no es la única poetisa que habla del amor imposible; este es uno de esos temas que los sonetistas tenían que tratar y es significativo al respecto que Jaramillo use versos de Lope de Vega (“Entonces la querré más / que no hay cosa que más crezca / el amor que un imposible”) para encabezar su “Por todo el tiempo que dediqué a mis amores imposibles”. El caso de Leonor de la Cueva es llamativo por tardío y en términos semánticos porque su “querer” en “¿De qué sirve querer un imposible?” tiene para nosotros un rango muy amplio, en el que “querer” puede significar más cosas que solamente amar. Pero siendo el amor el más violento de los deseos, aquel que con mayor fuerza saca a la mujer y al hombre de su quicio, ese querer se llena de más ecos al leerse en una época como la actual, donde el querer, la voluntad de desear, se ha convertido en uno de los parámetros de la existencia. ¿Qué otra opción nos queda cuando el estoicismo posmoderno no acaba de cuajar como forma de vida? Querer lo imposible, muchas más veces.</p> <p>Casi termino de contarle a mi hija acerca de todos estos temas amorosos a los que el soneto les ha dado el molde perfecto y me asalta la duda de si estaba fingiendo. Pienso que en realidad ella ya sabe todas estas cosas sobre los amores puros, fuertes, imposibles que acabarán transformando su vida. Pero antes de que me dé tiempo a responderme algo que todavía no quiero saber, me asalta con su última pregunta. ¿Clásicos? ¿Por qué el título habla de “soneto clásico”? Estoy tentado de escaparme con un rollo académico. En cambio, reacciono a tiempo y le contesto que son clásicos porque son muy buenos –algunos de ellos insuperables–, porque tuvieron un gran éxito en su propio tiempo y porque una vez que los has leído no puedes dejar de volver a ellos para reafirmar las verdades básicas de la vida. Por eso, lo importante es que están a la mano otra vez, todos juntos, en esta delicada</p>	<p>edición. Lo importante es que ella ya los está leyendo.</p> <p style="text-align: right;">Juan Luis Suárez PhD Global E-MBA The CulturePlex Lab, Director The University of Western Ontario</p>